

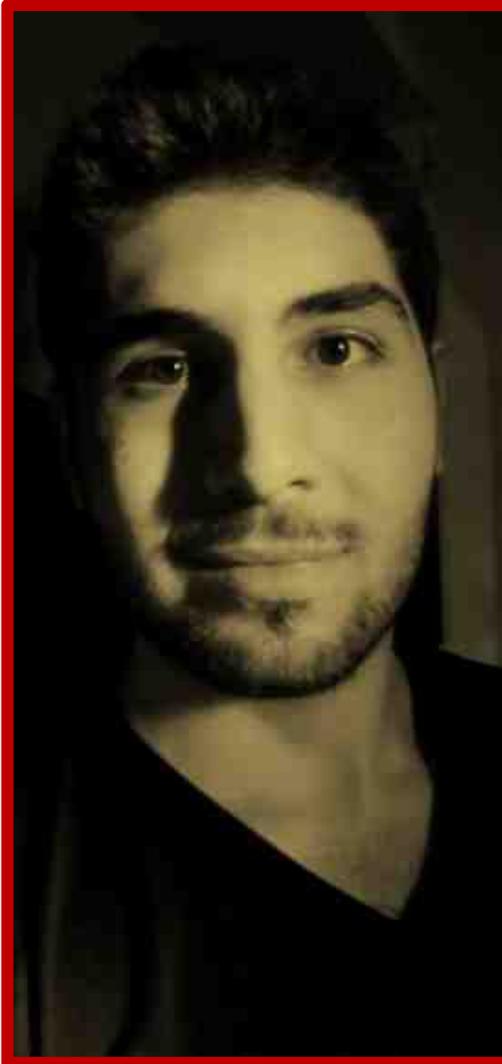
DIEGO QUINTELA

REGRESION

BRUMA Ediciones

MENDOZA - ARGENTINA

Colección Burak



Diego Quintela nació el 29 de diciembre de 1991, en Huinca Renancó, Córdoba - Argentina.

Actualmente reside en la ciudad de Rufino-Santa Fe, en donde cursa su tercer año del Profesorado de Educación Secundaria en Historia.

Regresión es su primera novela.

Regression

Diseño de tapa e interiores: *Carolina Suarez*
Corrección a cargo de: *Mateo Rinland*.

Regresión

Diego Quinteja



Quintela, Diego

Regresión / Diego Quintela. - 1a ed. - Mendoza: Bruma Ediciones, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Bruma Ediciones *tel.: 54-9-261-4232376*
España 1248- segundo piso, oficina 22-
Mendoza, Argentina.

e-mail: brumaediciones76@gmail.com

ISBN 978-987-3904-14-1

*¿Qué calabozo es más oscuro que el propio corazón?
¿Qué carcelero es más inexorable que uno mismo?*

Nathaniel Hawthorne

No podía apostar al amor si nunca había sido capaz de experimentarlo más allá de mi imaginación. Pero el tiempo hizo que cambiara de parecer. “Estando contigo me siento un hombre de nuevo, me siento vivo...” Ésa fue una de sus tantas confesiones, momentos en los que abría su corazón y lo ponía en mi mano, sin importarle que yo estuviera obsesionado con él. Cuando un vampiro se enamora lo hace con todo su ser y Owen es la encarnación del amor más verdadero que he conocido; vale aclarar que cuando me refiero al amor lo hago en un sentido que lo involucra con el bien y con el mal. Después de todo este tiempo sigo avistando el mismo brillo en sus ojos al mirarme, un brillo que me eriza la piel. Siempre estará para mí y eso me da fuerzas para soportar que todo a nuestro alrededor cambie conforme vamos dejando atrás una larga lista de personajes que se topan con nosotros, obligándonos a escribir nuevas historias. Tildo a estos personajes de primordiales pues nos brindan, en cierto modo, un férreo sentido de seguridad al saber que están allí, siendo la clave de nuestra existencia.

Yo ya no soy el Matt de Yellow Hill. He cambiado, me he transformado y he vivido más de lo que creía posible. El camino recorrido me hizo abrir los ojos, ensanchar mi mente y replantearme creencias a las que no prestaba atención ni daba importancia o algo de crédito. Se preguntarán por qué.

Puedo decir que los años de los últimos tres siglos han sido relativamente tranquilos si dejamos de lado el hecho de que cierta parte de la población mundial ha sido trasladada por fin a Marte (sí, han colonizado Marte), terreno en el cual el hombre pudo afincarse a fuerza de ingenio. Con este acontecimiento concluyó el siglo XXI, cediéndole el lugar al siglo XXII, iniciado hace ya una centuria. Todavía no puedo creer semejante cosa pero supongo que un equilibrio entre los dos mundos era menester si queríamos conservar lo que teníamos y estábamos destruyendo a un ritmo alarmante.

Con Owen rozando los ochocientos años y yo los cuatrocientos, no hay tormenta que no podamos vencer, no existe fuerza capaz de debilitar lo que tenemos, no hay horizonte que nos sea imposible de alcanzar. Tenemos a nuestra

disposición el futuro y los mundos durante todo el tiempo que seamos capaces de soportar y correlativo a dichas certezas está el pensamiento primario que, aun siendo vampiros, compartimos con los humanos: quiero permanecer aquí pero a la vez me invade el temor de que flaquee nuestra capacidad de sobrevivir. Habiendo llegado hasta este punto, suspiro y me digo que estamos para soslayar los escollos de lo desconocido. Somos testimonios vivos de una historia en constante movimiento, somos inmortales.

Primera parte

Encuentro

Capítulo I

Distopia?

Yellow Hill era uno de esos típicos poblados imperturbables, en los que todo parecía ser perfecto. El lugar, situado en el condado de Wiltshire, era precioso y poseía un paisaje privilegiado, razón por la cual encabezaba las listas de “los pueblos más bonitos de Inglaterra”. Lleno de edificios históricos y pródigo en anécdotas locales, tenía dos puentes; tres calles principales; un río al que llamaron Bybrook; un bosque en el que siempre había niebla y en el que era fácil extraviarse; una iglesia muy antigua (poseedora de uno de los pocos relojes medievales que aún funcionaban); dos pubs; un campo de golf y un hotel pintoresco en el que se refugiaba la gente que iba a buscar algo de silencio, agobiada por el estrés de la metrópoli; todo esto mezclado entre un compacto conjunto de casas y calles adoquinadas. Era un pueblo congelado en el tiempo, sin señales de nada moderno que rompiera la armonía medieval reinante.

De todas maneras, los pueblos así de perfectos terminaban siendo aburridos por muchísimas razones. La lista de reglas inquebrantables era una de entre tantas, y solían dejarla en la puerta de la estación de policía a fin de que nadie las pasara por alto. Algunas eran: no vaciar las piscinas los jueves; prohibido sacar la basura los lunes, sábados y domingos; usar prendas blancas cada vez que se va a la iglesia; no perturbar a los vecinos con ruidos molestos; fiestas sólo con autorización; los dueños recibirán una multa si dejan a sus mascotas deambulando por el pueblo, y así, los ítems crecían sin parar. Siempre se añadían nuevas reglas absurdas.

Todos los habitantes de Yellow Hill cumplían con esos requisitos al pie de la letra ya que las autoridades no toleraban fallas en su sistema. Las cosas se habían puesto tan rigurosas e inflexibles que en contadas ocasiones acontecía algo que valiera realmente la pena. De no ser por los turistas, que llenaban la atmósfera de vida con sus

cámaras fotográficas, sus conversaciones y sus risas, atraídos también por los diversos lugares abandonados, en el pueblo no habría señales de bullicio ni personas fuera de lugar.

Matt Litchi era uno de los 1111 habitantes y estaba harto de eso. Siempre había sostenido que tenía el alma puesta en las grandes ciudades ya que no se sentía a gusto en Yellow Hill. Lo encontraba desabrido y monótono. Todos los días lo mismo: ir de su casa al colegio, del colegio al salón de té, de allí al parque y del parque de nuevo a casa. Sin embargo, siempre que podía, recurría al único lugar que le gustaba de verdad: las verdes colinas que estaban al sur del pueblo y desde donde se veía el cielo y las estrellas con más claridad, en las noches de verano. Iba allí, se recostaba en el césped solo o con su amiga Betty y pasaba largas horas mirando la constelación, la luna y la oscuridad que lo hacían pensar en su vida de marginado. Después se aburría a muerte y no podía entender qué era lo que había llevado a sus padres al elegir un pueblo como ése de entre tantos más populosos.

Dejando a un lado la tediosa rutina, a Matt le molestaba el hecho de que la mayoría de los vecinos fueran unos chismosos e hipócritas que dejaban de hablar en cuanto uno pasaba a su lado y lo miraban con una falsa simpatía. Hablaban mal de otros, criticando desde su aspecto hasta lo que les gustaba o no hacer (“Mira lo que trae puesto, qué ridículo”, “¿Te has enterado? Discutió con su mujer porque ella no quiere sexo. Lo oí todo sin querer mientras regaba el patio trasero”, “¡Qué horror! Yo no sé de dónde diablos sacan el dinero. Han cambiado el coche ya dos veces en lo que va del año”), y luego, como por arte de magia, olvidaban todos los defectos de sus adorados vecinos a la hora de dar el Saludo de la Paz en la Misa. En la iglesia eran divinidades poseedoras de virtudes tales como la entrega, la caridad, la luz, la alegría, la solidaridad, la justicia. Cuando abandonaban el recinto, en cambio, todos volvían a ocupar su sitio en su estrado de jueces subjetivos, voraces y parciales.

Si bien a Matt algunas cosas le daban igual —como por ejemplo la ropa que usaba—, otros reprimían su personalidad por culpa de los anticuados. Las adornadas y atractivas vidrieras de las tienditas pasaban desapercibidas y estaban llenas de prendas y accesorios que nadie usaba, varias de ellas con los cristales cubiertos de hojas

de periódico esperando a ser alquiladas por alguien emprendedor que adorara el estilo vintage de dichos locales. La mayoría optaba por comprar en Bristol o Chippenham y, de paso, cambiaba de aires. En pocas palabras, eras el foco de las críticas si resaltabas de más entre la muchedumbre.

Así que con personas detestables a su alrededor y sin nada interesante que pasara en su vida, Matt sobrellevaba sus penosos días con mucho esfuerzo.

A veces deseaba cerrar los ojos y no estar allí, viviendo esa realidad en la que no tenía amigos ni vida social, pero los abría y nada cambiaba. Se hallaba en Yellow Hill, en su cascarón de desgracia.

Era un chico muy particular, distinto al resto, o eso era lo que le habían hecho creer. A la temprana edad de cinco años había tenido problemas de salud. Su madre lo veía llegar de la escuela con cardenales en varias partes del cuerpo (rodillas, espalda, brazos). Preocupada le preguntaba si lo pellizcaban o algo, a lo que Matt respondía que no. Lo llevaron al pediatra y de inmediato le hicieron análisis de sangre que revelaron que tenía plaquetas bajas. La vida de Matt en ese entonces consistía en idas y venidas al doctor, en jeringas y en un montón de análisis. Había estado un tiempo internado en una clínica especializada en la que, si no se recuperaba, tendría lugar un trasplante de médula ósea. De milagro, Matt Litchi había superado, a base de medicamentos y mucha fe, lo que podría haber terminado en una enfermedad que ponía los pelos de punta a la evasiva Telma Litchi. Hablar del tema, recordar esa época de sus vidas, le suponía una angustia que prefería mantener a raya.

Así que recuperada su salud él podía ser como cualquier otro de su edad. Pero resultó que Matt no era uno del montón ya que le resultaba más fácil relacionarse con las niñas de su escuela, lo que despertó la atención tanto de sus maestras como de sus compañeros. Éstos se dedicaban a decirle cosas mordaces e hirientes, ignorando cuánto lo lastimaban por dentro. A él y a sus padres.

Matt recordaba sus años de primaria sin saber muy bien cómo era que había sobrevivido a ellos. Desde muy pequeño le habían

gustado los niños y había uno en especial hacia el que sentía una atracción muy fuerte. De cabello rubio, ojos color miel y actitud un poco engreída, Ryan Venin era un chico que provenía de una familia de clase alta y si bien no tenía una relación directa con Matt, se miraban todo el tiempo.

Matt atesoraba algunos de los momentos en los que habían estado más cerca y el primero de ellos era cuando habían ido al cine con un grupo de chicas y chicos a ver el estreno de Harry Potter y el prisionero de Azkaban. Pasó a propósito al lado de Ryan y él puso el pie para cortarle el paso, pidiéndole que se sentara a su lado. Fue uno de los momentos más dichosos de su existencia porque estaba enamorado de él aunque no supiera nada acerca del amor.

Su último año en la escuela que lo había visto crecer y aprender llegó a su fin con éxitos y fracasos, cosas buenas y malas, alegrías y tristezas. Debía separarse de las que creía que eran sus amigas para tomar otro rumbo diferente. Mientras la mayoría se matriculaba en Canterbury School, los padres de Matt optaron por elegir para él St. Faith's School, que quedaba a casi tres kilómetros de su casa. Recordaba que el primer día había llegado muy temprano y se había sentado en un pupitre cerca de la puerta y mientras, uno a uno, los chicos con los que compartiría el resto del año entraban al aula, él los analizaba. Al principio temía que se burlaran de él por ser gay así que se retraía y hablaba lo justo y lo necesario. Le gustaba mucho participar en sus asignaturas favoritas, no lo avergonzaba hacerlo. En casa, las historias de los libros llamaban poderosamente su atención así que se refugiaba en ellos: los mundos imaginarios en su cabeza crecían a medida que Matt se daba cuenta de lo cruda y difícil que era la vida y la realidad. SU realidad. Ser un adolescente gay era algo que acarreamba muchas dificultades.

Leyendo sobre los problemas de otras personas no sólo se distraía sino que también trataba de consolarse pensando en que muchos la pasaban peor que él y tenían una existencia mucho más miserable. Caminar por el pueblo le era extraño porque inmediatamente tenía la necesidad urgente de volver a casa, encerrarse en su habitación y zambullirse en esos mundos en los que él mandaba y en los que nadie podía hacerle daño si no lo

permitía. En segundo año comenzó a relacionarse más con la que se convertiría en su mejor amiga, Betty Fixer. Ella era una chica mucho más tímida que él, morena y bajita y que parecía no tener amigos en esa escuela. Su amistad fue creciendo a pasos agigantados porque tenían muchas cosas en común y cuando a Matt le tocó estar en un taller en el que Betty no estaba, se deprimió bastante. El grupo que le había tocado no le gustaba para nada así que le pidió al profesor de Carpintería que lo cambiase por cualquier otro taller pero éste no accedió así que tuvo que aguantarse las ganas de irse.

La adolescencia estaba siendo la etapa más difícil de todas. Sólo podía recurrir a una sola persona. Ni se le cruzaba por la cabeza confiar en sus padres porque no aceptaban la homosexualidad y, como le habían dado a entender varias veces, preferían cualquier otra cosa que un hijo con ese “problema”.

Durante ese 2005 iba a sucederles algo que terminaría por cambiar la vida de ambos en todo sentido. Matt le confesó a Betty que era gay y ella que era bisexual. Ambos estaban expectantes, conociendo sus cuerpos, tratando de entender lo que sucedía en torno a su sexualidad. Matt fue el primero en escribirle una carta a Ryan... un tremendo error.

Betty fue la encargada de hacérsela llegar pero él no reaccionó como ambos amigos esperaban. Se enfureció insultando a Matt de arriba abajo aunque muy en el fondo estuviese gratamente sorprendido, pues anhelaba con urgencia una declaración de amor.

Los días transcurrían idénticos y, en una ocasión, iban en bici cuando divisaron al grupo de Ryan, todos sentados con sus skates a un lado, apiñados a su alrededor y leyendo algo (su misiva). El mundo de Matt se desmoronó cuando uno de ellos le gritó “maricón” y rieron. De inmediato supo que había confiado en la persona equivocada.

Son sus amigos, pensó tratando de buscarle explicación a la actitud de Ryan, no habrá problemas.

La cuestión era que Ryan no sólo había hablado del tema con ellos sino que divulgó la intimidad del muchacho, exponiéndolo para que pronto todos comenzaran a burlarse de él aún más que antes. A veces iba por la calle y lo insultaban jóvenes que no conocía

así que además del acoso recibido en la escuela, sumaba el de completos extraños.

El 2005 había sido un absoluto fracaso, igual que los tres años siguientes. Matt creía que en el 2009 le sucederían cosas nuevas pero se equivocaba. El cambio de colegio, a Canterbury School, que era el único de la zona en ofrecer los dos años de Advanced Level, le sentó bien aunque al principio se sintiera completamente infeliz, como si no terminara de encajar. Veía a los chicos y chicas de su clase hablar de novios y salidas y cosas que él nunca tendría, y se le hacía un nudo en la garganta de angustia. Sentía envidia por las personas que sí parecían ser felices porque Matt también deseaba que otro hombre lo acariciara, lo besara, lo abrazara, lo hiciera temblar... pero todas esas cosas estaban fuera de su alcance por diferentes razones.

Quería amor. Algo que Ryan no había podido darle y que no podía entender porque seguía cruzándose por todas partes y se miraban como siempre solían hacer pero con esa sensación de distancia. Una distancia que los separaba de su relación visual e inexistente. Deseaba lo que no podía tener, quería un amor imposible, perdía el tiempo y eso era algo que nunca más volvería. Tener el afecto de Ryan Venin era algo inalcanzable, ridículamente utópico y hasta platónico. Todos adjetivos de NO CORRESPONDIDO.

A Matt le costaba y le avergonzaba demostrar sus sentimientos.

Había crecido en una familia en la que no se acostumbraba a demostrar cariño. Las únicas ocasiones en las que se daban un beso eran para un cumpleaños, Navidad o Año Nuevo.

Esas actitudes, sumadas a su carácter melancólico e introvertido y a sus vivencias personales, lograron que se reprimiera y se acorazara para protegerse de la maldad que le mostraban las personas. Todas las noches y al notar que su cuerpo entristecía sin previo aviso, salía afuera y respiraba el aire tratando de buscar una razón para permanecer en un mundo que se le hacía hermoso pero cruel. No podía evitar pensar en cómo habría sido todo si el chico al que amaba le hubiese permitido entrar a su vida. Era tan penoso sentirse mal por algo que nunca tendría que quería llorar y no podía. Siempre fingía que aquel muchacho no le importaba en lo

más mínimo pero ¿a quién podía engañar? Cuando le veía en algún lugar sin esperarlo, sus latidos se disparaban como si hubiera corrido kilómetros. Algo era real: él no lo quería y seguiría demostrándoselo sin importar el precio.

La última vez que había soñado con él lo sintió tan cerca que dolía. Era un dolor lacerante y psicológico que lo atravesaba sin piedad. Estaban uno al lado del otro, Matt le preguntaba si podía apoyar la cabeza en su hombro y Ryan asentía; ese roce le pareció de otro mundo, una sensación que confirmó al despertar: pertenecía al mundo de los sueños. Era en su cabeza en donde podía imaginar esas cosas, sólo por momentos.

El muchacho creía que sus últimos dos años de escolarización serían positivamente emotivos, llenos de nuevas experiencias que culminaran en la graduación. En esos períodos, además, tendrían lugar una serie de fiestas en las que alumnos se reunían para celebrar y más que nada beber de forma ilegal (no sabía por qué las autoridades, que tanto se esmeraban por el orden, hacían la vista gorda; seguro recibirían dinero por parte del dueño del lugar).

Fiestas que se convertirían en verdaderas pesadillas pero ¿estaría Matt tan empeñado en pensar que nada bueno iba a sucederle que ya ni siquiera creía en el destino? ¿En que había alguien que dispuesto a darlo todo por él? El tiempo se encargaría de cambiar su desmoralizada forma de ver las cosas.

Salvador

Noche, ganas de divertirse, alguien empeñado en evitar que Matt se lo pasara bien.

Matt se había animado a salir por fin de su guarida, llevado por la emoción que suponía cursar el último año de secundaria. Tras una pequeña reunión en la casa de uno de sus compañeros, donde todos los del curso se habían dedicado a beber, caminaron las escasas cuerdas que los separaban del bar entre risas y chistes inentendibles.

—Estoy segura de que Kerry querrá vendernos sus anfetaminas de mierda —le escuchó decir a Carla.

—Es un cerdo —acotó Lisa fingiendo que vomitaba. Matt se preguntó cuándo se habría unido ella al grupo—. El muy imbécil creyó que iba a prestarme a los besuqueos a los que está acostumbrado. Ni siquiera tiene algo que se considere atractivo.

—¿Qué hiciste al respecto? —inquirió Logan con la mirada perdida.

—¿Cuando me besó? Sus testículos conocieron a mi rodilla derecha.

Como nadie celebró sus palabras, la chica se quedó callada. Entraron al bar luego de mostrar sus identificaciones a unos tipos que pretendían ser duros. Matt paseó la mirada por la barra y la pista y la detuvo en un apartado en el que Ryan hacía el intento de beber chupitos a modo de juego. Al parecer su tolerancia con la bebida igualaba a la de Betty con la lactosa, pero la diferencia subyacía en que él era capaz de entrar en un coma alcohólico con tal de hacerse el que lo podía todo.

—Matt —Lisa le había tocado el hombro para atraer su atención. El muchacho apartó la vista de la triste escena y la miró a los ojos—: Todos tienen uno.

—¿Un qué?

—Abre la boca —el chico obedeció y ella dejó caer un cuadrado pequeño de cartón, que al instante se empapó con saliva—. Ponlo debajo de tu lengua y ya verás.

—¿Qué es? —gritó Matt.

—Un tripi —repuso Lisa.

—¿Un qué?!

Pero Lisa ya se había alejado. Después de unos minutos de baile, a Matt la multitud comenzó a hacérsele estrecha y sofocante. Era como si los pies estuvieran enterrados en un lodazal, a la altura de las rodillas, y no pudiera moverlos por más que quisiera. Se pasó la manga de la camisa por la frente sudorosa y, como pudo, llegó hasta la barra y pidió una botella de agua, que bebió con ganas. No sabía si se lo estaba imaginando o no pero Matt sentía docenas de pares de ojos clavados en su persona. Sabía que algo iba a suceder y lo corroboró cuando oyó a Kerry Liatovo hablar...

—¿Quieren ganar bebidas gratis para sus compañeros?
—preguntó el DJ de unos treinta años, bajito, de ojos pequeños y un

importante sobrepeso, acaparando la atención de los jóvenes que se encontraban en su bar—. Pues que suba el maricón del curso a esa tarima de ahí y nos deleite con algún bailecito.

Matt no se atrevió a mirar hacia el lugar de donde provenía la agresión, aunque sólo unos minutos antes había visto a Ryan hablarle al oído al DJ.

—Vamos, Matt, súbete —dijo Lucy tomándole la mano y tirando de ella—. Por favor, ¿qué esperas?

La miró con furia. No podía estar sucediéndole aquello.

—¡No! —le espetó y trató de hacer caso omiso a algunos de los amigos de Ryan, que lo miraron de forma desagradable, paladeando con perversa satisfacción el acontecimiento—. ¿Hablas en serio?

—¡Vamos, chicos, no sean tímidos! ¡Dejen a un lado la vergüenza! —alentaba el DJ—. Todos los que les escriben cartitas de amor a sus compañeros... ¡SUBAN, MARICAS! ¡MARICAS! ¡MARICAS!

Matt se sintió aturdido, con los insultos y las provocaciones convertidas en un cántico que hacía eco en sus oídos. Lo estaban atacando y sabía muy bien quién estaba atrás de todo. Maldito hijo de puta, cobarde, infeliz. De forma indirecta, Ryan Venin lo hostigaba, incitando a otros a insultarlo y a meterse con él.

—... y tú, Matt... hay que ser imbécil para destaparse así en un pueblo en el que todos nos conocemos, ¿verdad, Ryan? —escuchó de forma entrecortada.

BUM, BUM, BUM. La música electrónica parecía a punto de hacer reventar los bafles.

Con la bola espejada centelleando sobre las cabezas del público achispado y sudoroso, Matt miró a otras dos de sus compañeras, su corazón palpitando fuerte en conjunto con su respiración afectada, y las vio reír de forma exagerada, como si no dieran crédito a lo que estaban oyendo.

Pasaste todos los límites, Venin, pensó odiándolo, rogando que él se muriera allí mismo para que luego todos comenzaran a gritar confundidos, preguntándose qué le había pasado. ¿Con qué necesidad? ¿Por qué la saña? Personas que hablaban por un micrófono sin conocerlo, sin tener idea de la historia, sin ningún derecho... era el colmo.

Matt esperó a que cesara el ataque (al notar que del otro lado no había respuesta, que ya se había cumplido con el objetivo, el DJ siguió con lo suyo como si nada) y con la mirada perdida, clavó los ojos en el piso para disimular las ganas de llorar que sentía. Se marchó de allí esquivando a los que volvían a moverse con la música, dejando atrás a todos los acosadores que seguro se estarían riendo de lo que habían logrado. Matt no lo dudó: de haber tenido un arma a mano los habría matado uno a uno, sin piedad. A medida que se alejaba del bullicio, las ideas de venganza se tornaban más descabelladas: la imagen en la que él acababa con los imbéciles usando sus poderes telekinéticos, como hiciera Carrie en su graduación, le produjo placer sólo por un instante. Esto no tenía solución. Se trataba de la realidad y no del clímax de la trama de un libro.

Siguió caminando despacio, con la escena muy fresca en sus retinas y sus oídos, sintiendo que no había nadie alrededor que pudiera ayudarlo. La sensación de soledad lo estaba ahogando, matando con una cruel lentitud.

De repente tuvo frío. Se abrazó a sí mismo. No fue directo a casa sino que se quedó con las manos apoyadas en el puente romano de piedra que colindaba con los bosques, viendo su triste reflejo en las aguas del río. Podía sentarse y esperar, amigándose con la absurda idea de la muerte llevándolo a cualquier otro lugar que no fuera ese infierno adornado de temática medieval...



Lágrimas de vergüenza le resbalaban por las mejillas pero Matt no hacía nada para detener el llanto. Había tratado demasiado tiempo de ser fuerte y ahora la angustia que había ignorado tantas veces le pasaba factura.

¿Por qué tenía que odiarlo todo el mundo? Ryan Venin era la persona más desagradable que había conocido. ¿Tan caro iba a pagar el error de haberle dicho que lo amaba? ¿Lo atormentarían hasta que cometiera alguna locura?

Si eso querían, Matt no estaba dispuesto a hacérselo fácil porque no iba a dar brazo a torcer. La angustia dio paso a una sensación de furia que no había sentido antes; le decían gay reprimido y ni siquiera había dado su primer beso ni había consumado su sexualidad. ¿No podían pensar que atravesaba una etapa y así dejarlo en paz?

Les meteré el bullying por el culo, juró y se sobresaltó al oír un crujido a sus espaldas. Miró hacia el largo camino que terminaba en un arco para dar paso al bosque. No venía de ahí. Permaneció alerta con los puños cerrados. La idea de que aquellos idiotas se percataran de que ya no estaba en el bar y lo fueran a buscar para golpearlo cobró sentido. No podía enfrentarse a todos ellos: tuvo miedo. ¿De qué serían capaces si estaban bebidos y deseando pelea? Matt tragó saliva y se dio cuenta de que estaba sudando. Salió corriendo en dirección contraria al pueblo, internándose en la arboleda, sin detenerse a pensar en que allí no había iluminación de ningún tipo. Trotó por terreno escarpado, resoplando mientras su cuerpo entraba en calor y el frío se hacía más soportable. Cuando estuvo seguro de que ya no era perseguido se detuvo. Y entonces, pasados unos segundos, volvió a oír pisadas. Maldijo entre dientes y reemprendió la carrera internándose cada vez más en aquel laberinto sin fin hasta que se topó con la carretera. Anduvo a paso lento por ella, rodeado de hayas a ambos lados, clavando sus dedos en los costados para aminorar la intensidad de unas punzadas que no habrían existido de concurrir con frecuencia a las clases de gimnasia. Alerta y vulnerable, Matt se negaba a ir a su casa. Era temprano y su madre haría preguntas que no tenía ganas de contestar. Cuando su respiración se restableció, se enjugó el sudor de la frente y apretó el paso. Iría a casa de Betty y permanecería allí escondido, contando sólo con el firme apoyo de su amiga. Pero lo seguían de nuevo, lo observaban desde cierta distancia.

—¿Quién está ahí? —masculló forzando su vista en vano, escuchando risitas—. ¿Hola? ¿Ryan? ¿Eres tú, desgraciado?

Matt lanzó un puñetazo al aire cuando sintió que alguien lo tocaba en el brazo.

—¿Qué demonios? —inquirió un chico de cuarto año entornando los ojos, al que conocía de vista, pasándose el pulgar por el labio. A Clea Burrkraft, la chica que lo acompañaba, le temblaba el mentón y su expresión decía que quería estar en cualquier lugar menos allí.

—Oh, Dios. Disculpa —farfulló Matt mirando al muchacho como si en realidad no estuviera allí y luego hacia los árboles, confundido por la dirección que los sonidos tomaban con el viento. ¿Qué demonios le habían dado? ¿Drogas?—. Es que me seguían y ustedes salieron por... olvídale. Lo siento mucho.

Sin mirar atrás, parpadeó varias veces, como si de pronto le hubiera dado un tic y siguió su camino. Nunca se había perdido en Yellow Hill. Ahora estaba desorientado y eso que apenas había bebido dos cervezas. A medida que avanzaba nuevamente hacia el corazón del pueblo, Matt se sintió furioso con los demás y consigo mismo. ¿Por qué huía? ¿Por qué estaba pasando frío teniendo en casa una cama caliente que lo invitaba a nunca salir de ella? Porque no puedo hablar de esto con nadie, se dijo y volvió a sentir que la impotencia atormentaba sus sentidos.

El puente a unos metros estaba solitario, tal y como lo había dejado antes de escapar. Tiritando, escuchó la música del bar. La fiesta seguía y la imaginación de Matt volvía al ruedo, acompañada de un amargo lloro. Una bomba en el lugar y todos estallarían en mil pedazos. Una tragedia sin sentido, ansió...

Pisadas delatadas por las hojas secas en el camino.

Mierda.

Miró a ambos lados y nada. Aquello ya no era divertido. Estaba mareado, un poco más a cada minuto.

El muchacho fijó su mirada en el agua del río hasta que vio a un dragón deslizándose por ella.

—¿Hola?

El animal venía hacia él desplegando sus alas de colores que cambiaban de forma y olían a coles de Bruselas, abriendo las fauces con intención de devorarlos a él y al puente.

Matt maldijo y corrió a esconderse tras un árbol, esperando a que la amenaza pasara o bien decidiera poner su atención en algo más. Pero, al fijarse bien, por el tronco del árbol al que estaba aferrado bajaban unos insectos de color magenta que se le hicieron tentadores. Tomó uno con la punta de los dedos y se lo llevó a la boca.

—¿Qué haces? Escupe eso —susurró Betty a sus espaldas.

Matt volteó y dijo:

—¿Me acechas? ¿Por qué llevas una peluca, zorra? Mejor dámela a mí que la necesito. Necesito hacerme pasar por una mujer hasta llegar a casa.

—¿Te has visto, Matty? Eres un desastre. —La voz de Betty le llegaba demasiado alta.

—¡Cállate, puta!

Matt corrió hacia ella y la embistió, haciéndose daño en la frente y cayendo de espaldas al suelo.

—¿Bet? —la llamó con todo dándole vueltas—. ¡No te atrevas a dejarme aquí, por favor! ¡Alguien quiere hacerme daño!

—Ella no te ayudará, estás solo en esto —le dijo una nueva versión de sí mismo convocada por el viento.

—¿Cómo llegué allí? ¿Hay dos de mí? ¿Morí? —masculló Matt y ahora lloraba, observando a su reflejo, de pie e immaculado con una sonrisa de pena en el rostro—. ¡Oh, Dios! Fui... ¡fui asesinado!

—Peor que eso, has sido pisoteado por Venin. Oficialmente te ganaste el título de HUMILLADO DEL AÑO, Matty. ¿Qué harás por la mañana? ¿Caminar por todo el pueblo con esa letra escarlata que llevas ahí?

Matt bajó la mirada y, en efecto, una gran H roja brillaba en su pecho. Quiso arrancarla con las uñas pero la letra no era de tela sino que era su propia carne cicatrizada.

—¡No! ¿Qué es esto?

—¿Puedes creerlo? H de homosexual. La tendrás ahí de por vida, sí señor —se burló su doble con una malignidad que desdibujaba su expresión normalmente relajada—. Aunque si me lo preguntas, marcarte con un atizador ha sido cruel. Hawthorne tuvo más consideración con la pobre Hester Prynne. Nos vamos...

—¡Espera, no me dejes aquí! ¿Nos...?

La ilusión se dio la vuelta y Matt gritó al ver que él, es decir, su otro yo, se había convertido en una versión masculina de la diosa Hécate. Los tres pares de ojos rasgados tallados en los tres rostros —uno infantil, uno joven y uno anciano— se clavaron en los suyos.

—Tenemos mejores cosas que hacer que relacionarnos con un proscrito, ¿no crees? —dijeron los tres al mismo tiempo y se esfumaron en la niebla.

La sangre de la herida que se había infligido al chocar contra un árbol “parecido” a Betty le manaba por la nariz y las sienas. No pudo levantarse de prisa pues el cuerpo no le respondía así que rio. Fuerte.

Extendió los brazos como si estuviera siendo arrastrado por la corriente de lágrimas que salían de sus ojos y se dejó estar, se dejó ir...



Un aire congelado se colaba por entre las copas de los árboles del bosque pero él no podía sentirlo. Para su cuerpo de sangre fría, aquello era una acariciadora brisa otoñal. Necesitaba alimentarse y ese primordial motivo lo había llevado a dejar su habitación. De forma inconsciente, como si sus piernas mandaran a su cerebro y no al revés, terminó en la zona más inhóspita de Yellow Hill. Su intuición se hallaba esa noche en su punto más álgido, lo que resultaba desconcertante ya que siempre actuaba dejándose llevar por su naturaleza y no por la razón. Luego de deambular un largo rato, se disponía a marcharse cuando una poderosa oleada de furia, proveniente

del centro, lo atrapó. Un chico deambulaba por el bosque con sus emociones transfiguradas en una ráfaga, en una explosión de angustia y agotamiento mental. Murmuraba incoherencias sin cesar y además sangraba. Owen sintió que algo le retorció el corazón cuando su olfato distinguió de quién se trataba: Matt Litchi. ¿Qué le habían hecho para que estuviera así, para que sintiera en su longevo espíritu la desesperación del chico como propia? El vampiro se movió por el lugar como un fantasma silencioso hasta que sus sentidos lo localizaron al otro lado, en el bosque: el intenso olor de la sangre en el aire le confirmó que Matt estaba herido.



Quince minutos más tarde.

Viéndolo todo como a través de un caleidoscopio, el chico se arrastró “cuerpo a tierra” un buen trecho hasta divisar la carretera. Se sentó en una piedra a la cual tomó como el más majestuoso trono y reanudó luego su camino, encorvado, rengueando y hablándoles a los desconocidos que lo acompañaban.

—¿Te conozco? —quiso saber una mujer albina, flotando a su lado.

—Quizás de Narnia —respondió Matt asintiendo—. Una gasolinera, perfecto.

Había llegado a una estación vacía y de aspecto aterrador, en la que los autos estaban frente a los surtidores aún en marcha.

—Prende una bengala para hacerles saber que estamos aquí. ¿Tienes una? Dámela, date prisa.

—Estúpido. No estamos en una gasolinera, estamos en el autódromo.

—No puede ser.

—Cualquiera te podría haber visto.

—¿De qué estás hablando?

—Agradece que no te cogieron los polis, estúpido.

—Oye... ¿quién te crees que...? Espera, ¿qué me dijiste? Al menos no tengo dos cuernos saliendo de mi cráneo, perra.

—Cuernos, ja. ¿Por qué cogiste la droga?

—¿DRO-GA? ¿QUÉ DRO-GA? —Matt bizqueó y se carcajeó. Al tomar el surtidor de gasolina, apuntó a la mujer que a su vez levantó ambos brazos.

—No me mires así. ¿Quién tiene la pistola ahora? —susurró mareado y se quedó estupefacto cuando ella se movió de forma borrosa y le sacó el surtidor de la mano—: Podría... volar tu cabeza en... mil pedazos. ¿Cómo has hecho eso?



—No quiero que te lastimes, vamos.

—¡Quita tus garras de encima!

La mujer, según lo que vieron sus ojos alucinados, se transformó en un hombre que lo cargó en su espalda y se lo llevó en volandas, a un lugar seguro.



—Tranquilízate, Matt —le dijo, metiéndose con él en la ducha para limpiar la suciedad que se había adherido en su rostro después de la caída. Acarició su cabello con la punta de los dedos, cuidando que el shampoo no tocara el corte con la sangre coagulada que comenzaba a desprenderse de la piel—. Escucha mi voz, ¿puedes hacerlo?...

—Estoy en el bosque, sácame de allí. Tengo miedo. — Y Matt volvió a llorar al verse sin salida, tratando de encontrar algo que detuviera las imágenes psicodélicas.

—Estás en mi casa y nada malo te sucederá, ¿entiendes eso?

—Veo a Ryan, él es cruel conmigo y yo no le hice nada. ¿Por qué me odia?

—Déjalo que haga lo que quiera —murmuró al tiempo que le enjuagaba el cabello y el cuerpo y lo secaba con paciencia,

escuchándolo murmurar. Mientras le ponía un bóxer que sacó de su gaveta, no podía hacer a un lado el instinto protector que comenzaba a sentir por el chico y que germinaba en su ser invadiéndolo todo. Cuando hubo terminado con la limpieza del corte en la frente, hizo que se recostara y lo abrigó con las sábanas para que su cuerpo continuara recuperando el calor. Acercó el ordenador portátil a la mesa de noche y puso a reproducir una lista de canciones relajantes que harían que Matt llevara mejor su estado.

A continuación, inspeccionó los mensajes en el celular que había cogido del bolsillo del jean de Matt antes de meterlo a la lavadora y envió un mensaje a Betty (*“Si mi madre te llama preguntando por mí le dices que estoy en tu casa. Luego te explico”*) y uno más (*“Pasaré el resto de la noche en lo de Betty. En casa para el almuerzo”*). Esperaba que fuera suficiente para que no lo buscaran y, lo más importante, para que los efectos del LSD menguaran antes de volver a la rutina.

Se recostó junto al delirante muchacho y, dispuesto a contarle una historia, no reprimió la sonrisa que quería salir de sus labios. La dejó salir, abrazándose a aquel delgado torso, a aquel ser vivo pero frágil que sufría en silencio. De alguna forma, el no sentir el impulso de sacar ventaja de la evidente ingenuidad que sus manos acariciaban era prometedor: el matiz humano ahogaba a su opuesto, el sobrenatural, obligando a Owen a apaciguar su genio, a darse la oportunidad de sentirse un adolescente otra vez.



—¿Qué tienes ahí? —Telma vino hacia Matt hecha una furia, ni bien éste traspasó el umbral de la puerta—. ¿Qué fue lo que hicieron con Betty? ¿Te metiste en una pelea?

—No, mamá. Me caí de la cama —repuso Matt, que recordaba poco y nada de lo sucedido por la noche. Ni siquiera sabía a ciencia cierta cómo había podido traspasar el umbral de la puerta. Además de lo de la frente, cuando un acceso de tos lo había hecho agacharse, había descubierto que su abdomen presentaba una horrible irritación.

—Eres tan poco convincente...

—Yo... ¡al carajo! He bebido, es todo.

—Tú no bebes. Debes ir con cuidado.

—Sí, mamá. ¿Me das una aspirina? Me siento raro.

Telma entró en la cocina y Matt se alejó hasta el vestíbulo para llamar a Betty.

—¿Anoche estuve contigo?

—No. Tengo un mensaje tuyo; me pediste que te cubra.

—¿Qué demonios?

—¡Espera!

—Ahora no, Bet, adiós...

Tragó la aspirina que le dio Telma y se bebió el vaso de agua, sintiéndose de repente famélico.

—En el refrigerador tienes el almuerzo.

—¿Puedes calentarlo por mí?

—Claro que no, llego tarde —repuso Telma—. Dile a tu padre que me fui a la clase de Pilates.

—Genial, pásalo bien —dijo Matt y Telma lo miró con el ceño fruncido antes de tomar su cartera e irse.

Solo en casa, puso el recipiente que contenía puré de patatas y salchichas en el microondas y cuando se sentó en la mesa las tragó enteras, una detrás de la otra, acción que hubiese desaprobado de haber estado menos turbado. Veía de vez en cuando los colores cambiados y oía murmullos, siempre sintiéndose lejos de la realidad. Pudo notar también que la luz hacía que sus ojos lagrimearan. Decidió ir a casa de Betty y averiguar qué diablos era lo que había pasado. Había hecho sólo una cuadra cuando dobló la esquina en la que se hallaba la Oficina de Correos y casi choca con Lisa, Brenda y Constantin.

—Así que te dedicas a drogarte... —dijo el muchacho y las otras se rieron como tontas.

Matt no contestó.

—Mira sus pupilas —observó Brenda, que sonrió y su mandíbula cuadrada se hizo muy pronunciada—, parecen canicas. Todavía está drogado, todavía está drogado —canturreó como si aún tuviera cinco años.

—Quítense del camino.

—¿Recuerdas al menos lo que te pidió Kerry? —masculló Lisa haciendo un movimiento con su cabeza, de modo que su cabello pardo le quedó hacia el costado.

—No sé de qué mierda va esto pero no tengo ni tiempo ni ganas de escuchar lo que tienen para decir, así que por favor...

—Matt caminó dos pasos y Constantin se paró frente a él con los brazos cruzados.

—Lo de anoche fue sólo un adelanto, Litchi —dijo bajando la voz cuando una madre y su hija pasaron por allí—. Has hecho el ridículo en el bar.

—Vete-a-la-mierda —Matt cruzó la calle corriendo y perdió a los tres de vista. Verlos había hecho que el almuerzo le subiera a la garganta y se atascara allí de una forma desagradable. No tardó en vaciar su estómago en un cesto de basura.

Hijos de puta, musitó metiéndose en la antigua cabina de teléfono roja que había junto a la residencia de los Mentford para que no vieran cuánto le afectaban los agravios, el efecto que éstos surtían en él. Respiró hondo. Sabía muy bien lo que había sucedido. No podía pensar en nada más pues aquello era lo último que recordaba antes de haber perdido la conciencia y el sentido de la orientación.

Resultó ser que no había estado con Betty. Pese a que se esforzaba por hacer una lista con las posibles personas que tendrían la amabilidad de acogerlo en su casa, no llegó a una conclusión determinante. Ese alguien bondadoso no debía de ser de por allí.

El resto de la tarde fue lento e igual de desalentador que la noche anterior, con los conocidos de Ryan insultándolo como les venía en gana. En busca de un poco de oscuridad, fue al puente, el testigo y compañero de sus más íntimos pensamientos.

La noche llegó y cualquier sonido que no fuera el de los animales del bosque se apagó. Matt no deseaba otra cosa: quería fundirse con el puente, hacerse de piedra. Envidiaba a todo objeto sin vida. Sin un abrigo que le sirviera de excusa para prolongar su estadía en el exterior, el frío fue calándolo hasta los huesos, despojándolo de toda tibieza e intensificando un presentimiento por fin materializado: la cuerda tirante a la que se

había aferrado con todas sus fuerzas para permanecer incólume al rechazo se había roto, al igual que su corazón. Dejó salir un poco de la tristeza contenida. Ryan el Abominable, siempre él. Pero se iba a acabar; las cosas no daban para más.

Matt se puso de pie y escuchó unas pisadas detrás de él. Iba a salir corriendo pero...

—Oye —susurró una voz masculina y suave, al tiempo que una mano se posaba en su hombro.

Ante el inesperado contacto, Matt se paralizó en su sitio, levantando los hombros a causa del escalofrío que reptó por su médula. Utilizando las mangas de su remera para deshacerse de las lágrimas que le empañaban la visión, vio que Owen Durion era el que le hablaba, como si alguien lo hubiera llamado pronunciando un conjuro inaudible.

—¿Me estabas siguiendo?

—¿Alguien te seguía? Yo no era —mintió el joven torciendo sus labios, denotando que no tenía la menor idea.

—¿Qué quieres? —le espetó Matt con aspereza, alejándose de él. No se sentía en condiciones de hablar con nadie—. Ya me estaba yendo...

El muchacho alto, delgado y de pelo castaño claro, miró a Matt con intensidad.

—No te asustes —le dijo después de unos segundos, poniendo las manos en alto, con un gesto conciliador.

—Quiero irme a casa, adiós.

—Espera, no...

—Creo que te conozco. ¿Eres el hijo de Liz? —preguntó Matt, sorbiéndose la nariz muy afectado. Si se quedaba era sólo para hacer tiempo, pero... ¿a qué esperaba?

—El mismo. Soy Owen.

—Éste es un pueblo chico. Demasiado chico diría yo.

Que Owen lo mirara con ojos amables en ese momento en que todo era una porquería no inspiró confianza en Matt.

—Quiero ayudarte, ¿me dejas? —repuso al percibir el celo en los ojos del chico.

—¿Y por qué ibas a hacer tal cosa? Ni siquiera te conozco. No confío en ti.

—Lo sé pero...

—Pero nada —masculló Matt cortante, haciéndole frente al tiempo que se frotaba las manos con energía—. Ese infeliz me hizo ser inseguro y desconfiado y por si fuera poco se da el permiso de humillarme delante de todos. Si vienes a burlarte será mejor que te vayas por donde viniste o... ¡Que te den Owen!

—¿Eh? ¡No! ¿Por qué haría una cosa así si ni siquiera sé a quién te refieres cuando dices “ese infeliz”? —mintió Owen agarrando a Matt del brazo pues parecía dispuesto a irse—. Nunca tuvimos el gusto de hablar, es verdad, pero veo que estás sufriendo mucho. Acepta mi humilde compañía, ¿quieres?

Matt se sintió terrible después de escucharlo decir aquello pero no podía evitarlo.

Miró a Owen a los ojos y, lejos de sentirse intimidado por los suyos, le sostuvo la mirada hasta que él la bajó y sólo se apreciaron sus pestañas.

Sabía que la madre del chico, Liz Durion, era dueña de la santería del pueblo. La mujer se había instalado hacía seis meses y medio, provocando en los vecinos una sensación de inquietud que, por supuesto, se relacionaba con cuestiones fuera de serie y que sólo atañían a los locales.

—Estoy seguro de que no te merecías nada de lo que pasaste. Ni hoy ni las otras veces, sea lo que sea.

—¿Y pretendes que me crea tu bondad? ¿Cómo carajos puedes saber lo que sucedió años atrás con ese cabrón? ¿Acaso te detalló lo de “las otras veces” que me molestó junto con esa panda de ineptos? —musitó Matt riendo y tratando de parecer frío, cuando en realidad se sentía confundido porque el muchacho parecía estar siendo sincero con sus palabras.

—Estás hablando tú solo, amigo. No me dejas explicarte nada. Es estúpido e inmaduro de tu parte.

—El estúpido eres tú. Ya me han insultado suficiente ayer. ¿No tienes amigos aquí? ¿Algo mejor que hacer que interrumpir a alguien que está llorando?

Owen pensó antes de contestar.

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Las lágrimas en un hombre dicen mucho, ¿sabes? Y como yo no soy capaz de llorar podría observarte a ti horas enteras hacerlo.

—Te juro que desearía no existir, terminar con mis fracasos y la vida miserable que llevo —estalló Matt desesperado y sin poder contenerse—. Creo que anoche me drogaron. No sé adónde pretenden llegar pero...

—Pero aquí estás, sano y salvo si no cuentas lo de la frente.

—Y esto —apuntó Matt mostrándole el abdomen.

—¿Te duele?

—No es nada comparado con el dolor que siento en el corazón. Creo que no puedo seguir, no tengo más fuerzas pero aun así hay cosas que desconozco y que me retienen en un sitio que me ha privado de la felicidad —afirmó el muchacho—. No puedes hacer nada para ayudarme, Ow.

Al escuchar ese sobrenombre de su boca, a Owen el corazón le dio una sacudida. Le sonrió al chico y éste parpadeó con los ojos aún llorosos. Matt le estaba abriendo el corazón a un desconocido y lo cierto era que se sentía bien sacando a relucir sus miserias frente a cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar. Los dos muchachos se sentaron en el puente y Matt trató de poner distancia pero Owen se le acercó hasta rozar su brazo con el de él.

—¿Lo has besado?

—¿A quién?

—A ese muchacho, al idiota.

Matt negó con la cabeza.

—Vaya, eso cambia las cosas —dijo Owen y esbozó una sonrisa que Matt no llegó a vislumbrar.

—Estás loco.

—Puedo probarte ahora mismo que no miento —replicó con una expresión provocativa pero cargada de seriedad. Le pasó los pulgares por debajo de los ojos de manera tan tierna que Matt sintió que su corazón perdía consistencia—. Sabrás si todo se trata de un juego.

—¿Qué harás?

—Sígueme.

El muchacho se puso de pie de un salto y comenzó a caminar hacia la calle que terminaba en los Bosques Neblinosos. Matt no supo qué hacer. Decidió seguirlo más por curiosidad que por otra cosa.

—¿Adónde vas, Owen? ¡Espera! —exclamó el chico subiendo con dificultad por el resbaladizo camino. Estaba todo húmedo y fangoso a causa de las lluvias del día anterior; al mirarse las zapatillas vio que las tenía todas manchadas.

Llegaron a un punto alto en el que se vislumbraban las luces del pueblo y el humo subiendo en espiral por las chimeneas. Se detuvieron. Owen se puso frente a él y se le acercó sin quitarle los ojos de encima, sin mediar palabra. Sentían cómo el viento soplaba fuerte entre la vegetación, revolviéndoles el cabello en todas direcciones. Matt no perdía nada dejando que el chico hiciera lo que quería hacer. Comenzaban a dolerle los oídos a causa del desapacible frío que se percibía en esa zona de Yellow Hill, donde jamás daba el sol. Quería que se apresurara.

—¿No vas al instituto? —quiso saber Matt, nervioso.

—Abandoné. No es lo mío.

—Pues podrías meter a Liz en problemas por ello.

—No es la gran cosa. Tú tampoco deberías ir, es absurdo y además está lleno de imbéciles superficiales que sólo quieren encajar.

—Absurdo pero necesario. Y... ¿cómo es que me viste hace un rato? ¿Qué haces afuera con este frío?

—¿No te has dado cuenta de que te vengo mirando desde que llegué aquí? —musitó Owen poniéndose serio de repente.

—¿Qué quieres decir? —repuso Matt alarmado por ese semblante tan adulto que observó en el chico.

—Me fascina cómo vas perdido en tu mundo cuando caminas... sin mirar a nadie. Creo que tienes una mente profunda, Matt, y... no tienes por qué preocuparte por esa minúscula porción de gente que te desea el mal. ¿Confías en mí si te digo que nadie podrá hacerte daño?

Matt no respondió. El desconcierto se apoderaba de su cerebro como un gas tóxico.

—¿Lo haces, Matt?

Owen se le fue acercando y cuando estuvo a unos centímetros de sus labios, ladeó la cabeza y aspiró su olor. Le puso una mano en la nuca y lo atrajo... por fin podía sentir el sabor de su boca.

Mi primer beso, pensó Matt sintiendo que el corazón se le salía del pecho y que un calor que sólo había experimentado cuando tenía que dar lecciones orales en clase le hacía picar el cuero cabelludo y arder las mejillas. No sabía muy bien qué hacer pero como Owen lo guiaba, no tardó en captarle el ritmo a la situación: enredó su cabello entre sus dedos, se dedicó a explorar, a sentir y a amoldarse a lo que estaba teniendo lugar y que no se comparaba con nada que hubiera vivido antes. Todo quedaba atrás, la soledad se esfumaba y lo aliviaba. Las manos de Owen en su espalda, su aliento, su calidez, su fuerza... era justo lo que Matt necesitaba para no dudar nunca más de que tenía un corazón que respondía y se desbocaba ante semejante revelación de sensaciones. Podía confiar en él. Tal sentimiento se aferró a su corazón con la fuerza de una liana.

—¿Qué me hiciste? —le preguntó aturdido cuando se separaron y se miraron a los ojos. Los labios le ardían, ávidos de más y le pedían a gritos que volviera a besar a Owen Durion.

—A juzgar por tu reacción nunca antes habías besado a alguien ¿verdad?

Matt negó avergonzado y agachó la cabeza.

—No lo haces nada mal y ser el primero en poseer esos labios...

—Estoy... temblando.

—Toma.

Owen se sacó el fino suéter negro de hilo e hizo que el muchacho, que no paraba de hacer castañetear sus dientes, se lo pusiera.

—Gra... gracias, gracias.

—No sé por qué ese idiota del que me hablaste se empeña en hacerte daño —repuso ante su silencio, pasándole el pulgar por la mejilla. Le frotó la espalda con energía para calentarlo—. Mírame, no me tengas miedo.

—¿Por qué habría de tenerte miedo? —los mundos interiores de Matt entrechocaban con furia. Una furia cálida y extasiada, extraña y desconocida—. Es que me pones nervioso.

—Sólo decía.

—¿Qué se supone que haga ahora? —le preguntó—. No sé si creer que tus intenciones son tan buenas como dices —agregó con su juicio tambaleante.

—Entiendo tu malestar y tu indecisión. ¿Necesitas tiempo? Te lo daré.

—Sería muy imbécil si bajase la guardia con lo que acaba de pasar en el bar.

—Créeme, yo no soy como los otros muchachos. Serías más idiota si no me dejaras entrar a tu vida.

—¿Por qué haces esto por mí?

—Nunca te cansas de las preguntas —afirmó Owen riendo y escondiendo las ganas de llevarlo al éxtasis—. Me gustas, sé que eres una buena persona y no quiero que la avasallante e indómita ignorancia demostrada por esos humanos te afecte. Juntos la combatiremos si es necesario...

—¿Y cómo puede no afectarme? ¿Tienes una solución? ¿Tienes la fórmula para que todos olviden esa carta?

—No puedes rendirte. El entrañable momento de recién nos afectó a ambos. Revivimos los dos y sabes que no exagero. No debes apelar a las ideas que te llevarían a cometer un acto irremediable.

—Asumiste que me suicidaría, ¿es eso? —preguntó Matt—. Lo he pensado pero además de temerle a la muerte no quiero que Ryan se regodee con eso. Él ganaría y la cosa no va a ser así. No quiero ser uno de esos pobres muchachos que han sido tenidos en cuenta cuando ya no estaban. No quiero estar en la lista de víctimas del acoso. No quiero ser recordado con lástima.

—¿Le temes a la muerte? —quiso saber Owen y al ver que Matt asentía, le respondió con calma—: Eso es porque deseas vivir y no necesitas un final así, tan carente de sentido...

—El final de mi existencia se mantendrá hermético hasta que tenga que suceder. Viviré para ser testigo o pereceré en el instante —pensó Matt en voz alta—. Puedo llegar a ser víctima de una enfermedad larga y despiadada o bien pasar al otro lado mientras tengo un accidente fatal o me ahorco en el hermoso roble del cementerio...

—¿Puedes dejar de sopesar teorías absurdas? No morirás. Yo...

—¿Tú qué?

—Olvídalo.

Owen no quería hablar más de la cuenta así que optó por cerrar la boca y durante unos minutos se dedicaron a oír los sonidos de la noche. Lechuzas ululando, pequeños animales que correteaban por la hojarasca, el rumor de algún que otro coche amortiguado por los espesos árboles de ramas retorcidas...

Miró a Matt de reojo y lo tranquilizó el hecho de notar lo más calmado. Lo había estado esperando por demasiados años y ahora lo tenía allí y lo había besado y todo era maravilloso. El chico podía dejarse llevar por lo belicoso del momento y maquinarse hasta el hartazgo pero era humano y estaba lleno de una personalidad que atraía a Owen Durion. ¿Era un tanto extremo pensar en que Matt era el indicado?

Respirando hondo, le tendió una mano y éste la tomó con mucha más confianza.

—Hum... te dije que no sabía el motivo que Ryan tenía para molestarte pero sí lo sé. Y no es por esa carta que le escribiste —aseguró Owen al ver que el chico, con los ojos como platos, quería replicar.

—¿Conoces a Ryan? —saltó y con voz acusadora sentenció—: Si lo conoces, dímelo ahora. ¿Te contó eso también a ti, que no vienes nunca? La cosa es peor de lo que pensaba...

—He seguido tus movimientos y por lo tanto, lo conozco a él. Digamos que fingí ser su amigo para saber la historia. Así que, respondiendo tu pregunta anterior, tengo sólo un amigo en Yellow Hill.

—¿Son sólo amigos?

—No en ese sentido que estás pensando. Él no es mi tipo —se defendió Durion—. Debo admitir que escribirle una carta a alguien ha dejado de pasar, Matt. La gente prefiere la tecnología a las palabras y no te estoy juzgando pero tú sí que eres único. Ojalá me hubieras escrito una a mí.

—Las misivas se acabaron, para siempre. Ve al quid de la cuestión, por favor.

—Bien, él te ama.

—¿QUÉ? —exclamó Matt, gozando, pues algo le decía que Owen no estaba mintiendo ni diciéndole lo que siempre había deseado oír. Era verdad, aunque no podía olvidar que en ciertas ocasiones dudaba de todo lo concerniente a Ryan.

—¿Por qué —Owen le rozó una mejilla con sus dedos— te has sonrojado?

—No es cierto, déjame en paz —le espetó el chico mirando hacia otro lado.

—Una vez fui a su casa, se estaba duchando con la puerta del baño entreabierta y como no había nadie entré —relató Owen—. La señora Venin se ha encariñado mucho con mi madre. Ella fue la que nos presentó, ya sabes: “Tienes que conocer a mi hijo. Estoy segura de que le encantará integrarte con los suyos”.

—Perra. Toda su puta vida ha defendido al cabrón de Ryan.

—Es una buena mujer, Matt. Dentro de todo —y Owen rio meneando la cabeza.

—Suelta lo que sabes.

—Bueno —aceptó impresionado ya que nadie nunca le hablaba tan directo ni lo mandoneaba—, lo oí sollozar y decir tu nombre.

—Espera, espera, ¿estás del todo seguro?

Owen lo miró pero no dijo nada. No esperaba tanto interés de su parte.

—Otros indicios lo delatan.

—¿Y cuáles son?

—Tiene fotos tuyas.

—¡No puede ser! —exclamó Matt con las mejillas coloreadas de rojo y una sonrisa de oreja a oreja—. Hijo de puta.

—Mira, Ryan no está dispuesto a perder todos los privilegios que su familia le da, así que si alguna vez él estuviera con un hombre, lo haría en secreto —repuso Owen, indignado con Matt. El evidente disfrute con que tomaba las novedades le resultaba vergonzoso—. Ya has visto su actitud esta noche. Se deleita estropeando los ánimos de otros.

—¿Y acaso tú te comportarías de forma distinta sabiendo cómo es la gente de este pueblo? ¿Saldrías conmigo tras advertir el trato que se les da a los chicos como yo?

Al ver que el muchacho no contestaba a los interrogantes de Matt, éste sonrió moviendo la cabeza hacia los costados una y otra vez, pensando que su extraño acompañante era de los preferían ampararse en el anonimato y mantener, en la medida de lo posible, un perfil bajo, acorde al contexto. Pero en su silencio había una razón más profunda y que escapaba a la visión que Matt tenía del mundo, de la vida en general.

—Sé que alguna solución le encontraremos —dijo Owen tratando de calmar las aguas—. No soy como ningún chico que hayas conocido, no tengo miedo a nada ni nadie.

—Ya deja de decir eso. No haces más que quedar como un arrogante —le espetó Matt. Era obvio que se estaba burlando.

—¿Arrogante? ¿Cómo le dices a alguien que sólo te devuelve pura maldad? Ryan está obsesionado contigo y te molesta para sentirse más hombre.

—Tengo que irme, lo siento —musitó de repente, intentando asimilar las nuevas—. Me enfermaré si sigo tomando frío.

—Hum... seguro. Déjame acompañarte a casa por las dudas.

—No, gracias —lo rechazó—. Prefiero ir andando yo solo para pensar un poco, ya sabes.

Owen asintió y observó a Matt meterse en el camino que lo sacaría del bosque. Lo había dejado con un interesante torbellino de emociones dando vueltas en su cabeza y con una sensación extraña en los labios gracias al beso. Ya vería cómo lidiaba con Matt cuando le contara su secreto; algo le decía que sabría comprender y se sintió relajado porque su intuición no le fallaba casi nunca. Todavía no tomaría represalias contra Ryan por su actitud en el bar, ni con todos esos personajes desagradables que le seguían el juego sólo porque era “popular”.

Seré el salvador de Matt, pensó sonriendo y corrió a través del bosque como una flecha, ahuyentando a todos los animales a su alrededor. Matt era suyo: lo había visto primero y quien

quisiera jugar al gato y al ratón saldría perdiendo escandalosamente. Nadie sospechaba nada sobre Owen Durion ni de lo que era capaz de hacer por alguien que tenía su atención.



Matt no fue directamente a casa esa noche. Estaba demasiado exaltado como para estarse quieto, necesitaba tener su cuerpo en constante movimiento por lo que se dirigió hacia las afueras de Yellow Hill. En la carretera no había ni un alma. De vez en cuando pasaba algún camión y le tocaba bocina. Siempre iba allí cuando necesitaba pensar sobre sí mismo. En una ocasión se habían adentrado con su amiga por un camino camuflado entre la arboleda que rodeaba ambos lados de la ruta y topado con una casa derruida y de aspecto siniestro. Jamás se habían atrevido a cruzar más allá del gran umbral desde el que se veía una araña que pendía del techo, fantasmal, y un retrato al cual le faltaba el trozo en el que antaño estaba la cabeza de la mujer y un piano. Fue unas cuantas veces más desde que la descubrió pero siempre en compañía de Betty. Sabían de la famosa casona gracias a los ancianos del pueblo, que solían decir que el aljibe que había detrás era la morada de unos espíritus feroces. Matt y Betty habían asomado sus cabezas con temor a la gran boca del pozo, sintiendo sonidos guturales que les venían desde el fondo, combinados con un leve olor a putrefacción. No se molestó en ir ahora porque estaba demasiado oscuro. Y quizás esos espíritus no querían visitas indeseadas.

Seguía caminando. “Él te ama”. Esa frase lo había impactado. Tanto que se mantenía resonante en sus pensamientos, haciendo que muchas preguntas se respondieran solas. A eso se debía el comportamiento de Ryan: lo amaba pero por nada del mundo saldría del clóset; trataba de aparentar lo contrario frente a sus amigos y familiares. De todos modos el que quisiera ocultarse no justificaba ni enmendaba lo dicho y lo hecho así que para no

recordar de nuevo lo del bar, se puso a pensar en Owen. Había sido tan dulce, considerado y comprensivo...

Matt soñaba con su primer beso y el que se había dado con un muchacho que sólo conocía de vista, superaba todas sus expectativas. Vagabundeó un rato más y luego de mirar la hora en su reloj, se dijo que era hora de irse a la cama.

—¿Por qué esa sonrisa? —preguntó Telma cuando entró en la cocina mientras terminaba una tarta de limón. Se le parecía mucho aunque Matt era más alto. Su nariz y su boca eran idénticas a las de su madre.

Porque me han besado, pensó y el corazón volvió a acelerársele.

—No lo sé —mintió él sacando una taza limpia de la alacena—. La felicidad me embargó de repente. ¿Nunca te sucedió?

—Pues me alegro por ti. Ya va siendo hora de que cambies esa expresión amarga que traes siempre —repuso la mujer—. Salir más te hará bien. Ya desaprovechaste demasiados años.

—No es tan fácil como dices, mamá. Sabes que aquí no tengo a nadie más que a Betty. Espero que las cosas cambien cuando me mude a Bath...

—No olvides que no vas allí a pasar el tiempo. Estudiar y trabajar medio turno. Es la única forma de hacer que funcione.

—Sí, mamá, como digas. No quiero tener esta discusión ahora, buenas noches.

Matt se sirvió el té de la tetera, se fue a su habitación y cuando se tumbó en la cama pensó en que Telma siempre lo hostigaba con lo que le deparaba el futuro en Somerset. Sabía lo que pensaba su madre: que no lo lograría. No tenía fe en su hijo, pese a que había sido aceptado incondicionalmente por la Universidad de Bath, después de haber enviado solicitudes a las de Bristol, Kent, Surrey y Swindon. Cuando esas conversaciones incómodas tenían lugar en su casa, él sentía que tenía a todo el mundo en contra. Otra secuela que debía agregar a la lista de logros de Ryan Venin. Parecía que nadie podía decir o sugerir nada sin que lo tomara a mal o distorsionara el significado de las palabras.

De pronto volvió a sentir esas horribles puntadas en los oídos a causa del frío. Tomó una ducha rápida y para esperar a que se le secara el cabello, se sentó unos minutos en el ordenador. Minutos que se convertirían en horas porque siempre le pasaba lo mismo: Internet era un vicio y un mal necesario odiado por su madre. Abrió su Facebook y tenía una solicitud de amistad pendiente que resultó ser de Owen. La aceptó, abrió una nueva ventana para ver sus fotos y el mensaje suyo que tenía por leer.

“Escucha la canción y luego me dices qué piensas.

Dices que somos diferentes,

yo siento lo mismo.

Me dices que te vas,

estoy aquí para quedarme

Yo te lo diré cuando nos veamos mañana☺”

Un link adjunto al mensaje lo llevó a YouTube. La canción comenzó a sonar y Matt sonrió. No tenía de ese muchacho solitario una imagen muy romántica y ahora debía tragarse sus palabras. Mientras la escuchaba, miraba las fotos que tenía en su muro y resultaron ser unas pocas: dos con Liz y unas cinco de él solo. El muro no tenía ninguna publicación reciente. Si se ponía a analizar lo ocurrido, Matt debía admitir que Owen jamás le había dicho nada ni se había burlado. Las veces que lo había visto por ahí, Matt no había hecho más que ignorarlo, hasta ahora. Lo alegró el hecho de haberlo seguido al bosque. Si lo hubiese plantado y dejado allí con la palabra en la boca, no estaría sonriendo como lo estaba haciendo ahora sino llorando y pensando en suicidarse. Nadie le había dedicado una canción antes y Hate and Love de Jack Savoretti era muy bonita así que la descargó y la pasó a su celular para escucharla de camino a la escuela.

“La canción me ha encantado.

Eres muy bueno y lamento haberte tildado de arrogante. Lo siento de verdad.

Deseo verte de nuevo☺”

Después de enviarlo, apagó la computadora. Conciliar el sueño no le costó mucho. El último pensamiento que tuvo antes de sumirse en la inconsciencia era que ahora que tenía la verdad de su lado sacaría buen provecho de ella y le demostraría a Ryan que nunca debió haberse metido con él. Si lo amaba lo haría sufrir, sentir la pena que él había sentido tantas veces, lo haría llorar hasta que no le quedaran lágrimas; el chico al que había humillado hasta el cansancio lo terminaría consumiendo. Desconocía el momento pero sólo deseaba una cosa...

Venganza, susurró medio dormido, respirando acompasadamente envuelto en el suéter con que Owen lo había abrigado.





Primera parte Encuentro

Capítulo I Distopía

Capítulo II Precipitado

Capítulo III Desconfianza

Capítulo IV Frustrado

Capítulo V Ecos

Capítulo VI Complot/ Víctima

Capítulo VII Distancia

Capítulo VIII Vacío

Capítulo IX Debilidad

Capítulo X Confesiones

Capítulo XI Concreción

Capítulo XII Tensión

Capítulo XIII Inmortal

Capítulo XIV Persistente

Capítulo XV Discordante

Capítulo XVI

Chance/Elección/Consecuencia

Capítulo XVII Noticias

Capítulo XVIII Conversión

Capítulo XIX Universo

Capítulo XX Despedida

Segunda Parte Mares de misterio

Capítulo I Excursión

Capítulo II Crónica

Capítulo III Nuevo

Capítulo IV Euroviaje

Capítulo V Loire

Capítulo VI Magia

Capítulo VII Revelaciones

Capítulo VIII Abatido

Capítulo IX Impulsos

Capítulo X Descontrol

Capítulo XI Encanto

Capítulo XII Reclamo

Capítulo XIII

El nacimiento de la leyenda.

Niñez, adolescencia y adultez.

Verdad y dolor lacerante.

Finales de 1597

Capítulo XIV Años 1598 a 1612.

Acuerdo y génesis

Reuelta

Tercera Parte Vidas pasadas

- Capítulo I Destape
- Capítulo II Gemelos
- Capítulo III ¿Camaradas?
- Capítulo IV Regresión/Trampa
- Capítulo V Purgatorio
- Capítulo VI Hechizado
- Capítulo VII Alarma
- Capítulo VIII Perdidos
- Capítulo IX Culpa
- Capítulo X Santa Ivana
- Capítulo XI Condena
- Capítulo XII León el Recto
- Capítulo XIII Desacierto
- Capítulo XIV Plaga / Éxodo
- Capítulo XV Terapia
- Capítulo XVI Demanda
- Capítulo XVII Hoguera
- Capítulo XVIII Ocaso
- Capítulo XIX Quimera
- Capítulo XX Uróboros





Contactame:

diego.09179@gmail.com

diegoquintela@hotmail.com

Yellow Hill es un distópico pueblo del sudoeste de Inglaterra, donde nada es lo que parece. Matt, de diecisiete años, está en la secundaria. Owen, un enigmático muchacho, llega a su vida. A pesar del asedio de la sociedad prejuiciosa en la que se encuentra, se enamora de Owen, un vampiro húngaro. Pero ese amor no tarda en convertirse en un arma de la que otros se valdrán para separarlos. Matt y Owen inician un viaje que los llevará desde el Valle del Loira hasta Eslovaquia, plagado de misterios, de peligro, de castillos que esconden las llaves a otros mundos. El pasado se interpondrá en su amor, a menos que se soslayen los miedos y se enfrenten a ellos.

brumediciones76@gmail.com
54-9-0261-4282876

